

Peter Forbath

EL RÍO CONGO

DESCUBRIMIENTO, EXPLORACIÓN Y EXPLOTACIÓN
DEL RÍO MÁS DRAMÁTICO DE LA TIERRA

Capítulo trece. Los oráculos sagrados (*fragmento*)

Livingstone no aceptó de inmediato la propuesta de Murchinson de emprender una expedición al Congo para solucionar la controversia del Nilo. No se trataba de que le faltaran deseos de regresar a África. Nunca albergó dudas al respecto. Había pasado más de 25 años en el continente africano, casi toda la vida adulta. Más que Inglaterra o Escocia, para él África era la patria. A los 52 años seguía siendo bastante juvenil y tenía una gran energía intelectual. Aunque la salud se había visto muy comprometida durante la última expedición, luego del descanso en Gran Bretaña parecía haberse restablecido por completo. Como la esposa había fallecido y los hijos eran mayores, no tenía deberes familiares que lo ataran. Lo que hacía vacilar a Livingstone era el objetivo puramente geográfico del proyecto.

Hacía mucho tiempo que Livingstone había roto los vínculos que lo ataban a la Sociedad Misionera de Londres. Se había apartado tanto de la vocación original de médico

misionero que ya para entonces sólo era posible ver en él a un explorador. Sin embargo, ésa no era la opinión que Livingstone tenía de sí. Aunque ya no era un misionero clásico, tampoco pensaba que los descubrimientos geográficos en sí mismos fueran una razón de tanto peso como para encabezar una expedición al corazón de África. Debía haber una razón mayor y más noble. En todos los viajes anteriores había logrado encontrar una. En los primeros años había justificado el deambular incesante con la búsqueda de terrenos nuevos y más promisorios para la labor misionera. Más adelante, cuando ya ni siquiera era miembro nominal de la Sociedad Misionera de Londres, insistió en que las exploraciones tenían que ver menos con el descubrimiento y confección de mapas de los ríos Zambezi o Shire que con operaciones pioneras grandiosas destinadas a convertir aquellos ríos en las avenidas por las que misioneros y comerciantes pudieran llevar la influencia civilizadora del cristianismo y el comercio a los aborígenes africanos de aquellos parajes.

Livingstone comprendió que no era posible recurrir a razones semejantes para justificar una expedición en busca del nacimiento del Nilo. Una expedición de ese tipo estaría constantemente en movimiento. El rumbo estaría determinado por consideraciones geográficas tales como la ubicación de los lagos, el caudal de los ríos y la modalidad seguida por la vertiente. Como esto podía conducirlo a las regiones más remotas e inverosímiles, hubiera sido absurdo afirmar que el objetivo perseguido consistía en la exploración de terrenos promisorios donde establecer estaciones misioneras o poblados comerciales. Había que buscar otras justificaciones y, aunque le tomó un año, a la larga Livingstone las encontró.

La primera era el comercio de esclavos árabe. En la expedición anterior, mientras remontaba el Shire rumbo al lago Nyasa, había podido constatar y ser testigo presencial del

caos espantoso que provocaba. Livingstone era consciente de que a cualquier sitio adonde lo condujera la búsqueda del nacimiento del Nilo, tendría que atravesar los cotos sangrientos donde los negreros árabes cazaban a los esclavos. En aquellos tiempos Europa prestaba muy poca atención al comercio de esclavos árabe, ante todo porque se sabía muy poco al respecto. Por esa razón Livingstone podía decirse a sí mismo que, al menos en parte, iba a emprender la tarea asignada por Murchinson a fin de que los europeos supieran de ese tráfico cruento y para instarles a adoptar el mismo tipo de medidas empleadas para poner fin al comercio de esclavos en las costas de África occidental.

Livingstone encontró otra razón para emprender la búsqueda del nacimiento del Nilo, una justificación que infundió al proyecto un significado mucho más elevado que la abolición del comercio de esclavos árabe. Livingstone había llegado a la convicción de que aquella fuente siempre esquiva era algo sagrado. El propio Homero la llamaba “el manantial de Egipto bajado de los cielos”. El descubrimiento era pues un empeño casi divino.

No podemos determinar en qué momento las semillas de esta creencia fantástica empezaron a arraigar en la mente de Livingstone, porque la reveló cuando había florecido por completo y al cabo de varios años de búsqueda trascendental. Sabemos que estaba familiarizado y fascinado con los relatos de las fuentes misteriosas del Nilo dejados por los geógrafos de la Antigüedad. En una parte de los diarios transcribió un relato del origen del Nilo contado a Herodoto por un escriba egipcio.

Según aquella narración, el Nilo debía brotar de “fuentes de profundidad insondable” situadas entre dos montañas. La mitad de aquellas aguas “corría hacia Egipto, rumbo al Viento del Norte y la otra mitad, hacia Etiopía y el Viento del Sur”. También sabemos que, debido a su formación misionera, Livingstone leía la Biblia con avidez y esta-

ba muy intrigado con un pasaje del Éxodo. Allí se cuenta que Moisés, acompañado de Merr, la hija del faraón, remontó el Nilo hacia la Etiopía interior en busca de la ciudad enigmática de Meroé y que llegó tan lejos que quizás hubiera alcanzado el nacimiento del gran río. Como luego escribiera, esto le permitió a Livingstone soñar con el posible descubrimiento de "evidencias del gran Moisés en aquellos lugares". A todas luces las alusiones clásicas y bíblicas se fusionaron en la mente de Livingstone y le dieron un sentido místico a la misión de "confirmar los oráculos sagrados". Esa misión fue tan convincente que llegó a obnubilarlo acerca del verdadero logro de la expedición: el descubrimiento del nacimiento y la cabecera del Congo.

Livingstone partió de Inglaterra el 13 de agosto de 1865. Luego de hacer escala en la India, llegó a Zanzíbar el 28 de enero de 1866. Aquella seguía siendo la capital del comercio de esclavos árabe. Entre 80 mil y 100 mil cautivos eran conducidos allá cada año desde el interior de África. Dada la intención expresa de Livingstone de luchar contra la trata, resulta bastante paradójico observar que la expedición saliera de un puerto repleto de esclavos y que desde el inicio mismo el éxito dependiera de la ayuda de los negreros árabes.

Por parte de Livingstone la paradoja no es difícil de explicar. Sin lugar a dudas odiaba aquella isla y todo lo que allí veía. En uno de los primeros asientos del diario usó el retruécano "Stinkibar" o "Zanzíbar maloliente" y describió las humillaciones a las que eran sometidos los africanos en el mercado de esclavos: "Les examinan los dientes, les levantan la ropa para examinar las extremidades inferiores, y arrojan un palo para que el esclavo vaya a buscarlo y muestre el andar. Algunos son arrastrados entre la muchedumbre, y el precio se vocifera sin cesar". Livingstone no tenía otra opción. Éste era el único sitio donde podía equipar la expedición en forma adecuada. Como todas las empresas

de la isla se ocupaban de los esclavos en forma directa o indirecta, no pudo evadir las transacciones con los negreros. Todas las rutas de caravanas que seguiría hasta el interior del continente estaban dominadas por negreros árabes. Otro tanto sucedía con los campamentos existentes tierra adentro donde se vería obligado a reavituallarse, por lo que estaba obligado a mantener relaciones aceptables con éstos.

Resulta mucho más difícil comprender las razones por las cuales los árabes ayudaron a Livingstone. Estaban al tanto de lo que éste opinaba del comercio de esclavos y sabían muy bien que uno de los objetivos principales que lo llevaban a África era propiciar una campaña para ponerle fin. No obstante, lo ayudaron. Equiparon la expedición con artículos de primera clase que le vendieron a precios razonables. Durante su estancia en la isla, el sultán de Zanzíbar puso a disposición de Livingstone una vivienda hermosa. También lo proveyó de un *firman* dirigido a los jeques del interior en el que les daba instrucciones de brindarle cualquier ayuda que pudiera necesitar. Una vez que se hubo adentrado en el continente, en reiteradas ocasiones los negreros se desvivieron por brindarle ayuda y de hecho en más de una ocasión le salvaron la vida. Podemos suponer que en parte esa amabilidad hacia un enemigo se basaba en el deseo de mantener buenas relaciones con los británicos. En mayor medida tenía que ver con la personalidad de Livingstone. Su valor inquebrantable, voluntad, paciencia y amabilidad, esa cualidad innata que los árabes llaman *baraka*, fue lo que los atrajo y les hizo sentir verdaderos deseos de ayudarlo.

Livingstone permaneció siete semanas en Zanzíbar organizando la caravana. Incluía a 22 personas procedentes de la India, 13 cipayos del batallón de infantería naval de Bombay y 9 jóvenes libertos de la escuela que el gobierno británico había abierto en Nassick. Luego contrató a 13 personas más, incluidos 10 johannas enviados desde las

Comores. Una vez desembarcado en la masa continental africana, la dotación se ampliaría a 60 personas, luego de contratar a algunos aborígenes. En el grupo inicial había una serie de hombres que ya habían estado a su servicio. Chuma, uno de los escolares de Nassick, era un esclavo que Livingstone había manumitido mientras exploraba el lago Nyasa. Susi era un joven de Zanzíbar que había trabajado en la embarcación usada para remontar el río Shire. Livingstone también reunió un grupo de animales de carga. Livingstone era el único blanco del grupo.

El grupo era muy pequeño. Para comprender cuán pequeño era, baste recordar que Burton y Speke, que estuvieron muy lejos de viajar las grandes distancias que Livingstone tenía en mente atravesar, nunca tuvieron una caravana de menos de 130 hombres. Un grupo tan pequeño evidenciaba las ideas de Livingstone acerca de la forma idónea de viajar en África. Pensaba que avanzar en "grandes formaciones" sólo estimulaba la avaricia y hostilidad de los aborígenes. Asimismo daba lugar a que se exigieran mayores *hongo* o sobornos y constituía una tentación al latrocinio. En tiempos de Livingstone cuanto mayor fuera la caravana más lejos podía llegar. En esa época las caravanas no sólo debían transportar todos los equipos que la expedición pudiera necesitar, sino también artículos suficientes con los que comprar alimentos frescos y pagar el derecho de vía. Por esa razón viajaban con fardos de tela, bolsas de cuentas y artículos manufacturados. Para suplir la ausencia de un grupo bastante grande que transportara todos los artículos que pudiera necesitar, Livingstone previó que se estableciera en el interior un puesto de avanzada adonde debían enviárselas vituallas adicionales. Para ello escogió Ujiji, poblado comercial árabe situado en la ribera oriental del lago Tanganica, adonde esperaba llegar al cabo de un año.

En marzo de 1866 el pequeño grupo desembarcó en las costas de África oriental. Llegaron al poblado portuario de

Mikindani, justo al norte de la desembocadura del río Rovuma, en la actual Tanzania. Desde allí echaron a andar hacia el interior. "Ahora que estoy a punto de iniciar otro viaje a África me siento muy estimulado", apuntaba en el diario el 26 de marzo.

Siento un gran placer animal al viajar por un país salvaje e inexplorado. Cuando se está en tierras situadas a unos cuantos cientos de metros de altura, el ejercicio energético da elasticidad a los músculos, sangre fresca y saludable circula por el cerebro, la mente trabaja bien, la vista es diáfana, el paso es firme y el esfuerzo del día siempre hace que el reposo nocturno resulte muy placentero. Solemos vernos estimulados por las probabilidades de peligro a manos de hombres o bestias. Afloran las afinidades con nuestros compañeros humildes y esforzados debido a una comunidad de intereses, y tal vez de peligros, que nos amigan a todos.

Como hemos visto Livingstone estaba convencido de que el Nilo brotaba mucho más al sur de donde lo habían buscado todos sus predecesores. Pensaba avanzar desde Mikindani con rumbo casi oeste. Luego seguiría el río Rovuma una gran parte del tiempo hasta llegar al lago Nyasa. Lo cruzaría y empezaría a avanzar hacia el norte desde el extremo meridional del lago Tanganica. Esperaba que antes de llegar encontraría un sistema de ríos y lagos que sería la vertiente del Nilo. Allí encontraría un río que avanzaba hacia el norte, posiblemente hacia el interior del lago Tanganica, y desde allí hacia el interior del lago Alberto. De no ser así, seguiría por las riberas occidentales de esos lagos. Una vez comprobado esto, procedería a una exploración minuciosa de la vertiente hasta que pudiera aislar la corriente particular que la alimentaba. Después encontraría el sitio donde brotaba y así descubriría la fuente precisa del Nilo.

Casi de inmediato las relaciones empezaron a agriarse. Muy pronto el tono exaltado del primer asiento desapareció en forma trágica del diario de Livingstone. La zona que atravesaban era saqueada con mucha más brutalidad por los negreros árabes de lo que Livingstone había previsto. En un momento dado apunta:

Pasamos junto al cadáver de una mujer atada a un árbol por el cuello, la gente del país explicó que no había sido capaz de seguir a los demás esclavos del grupo y el amo había decidido que no sería propiedad de nadie más si se recuperaba luego de descansar un rato. Puedo añadir aquí que vimos a otras personas atadas de manera similar, y una yacía en el sendero herida de bala o apuñalada, porque estaba en un charco de sangre. Todo el tiempo nos explicaban que el árabe dueño de estas víctimas encolerizó al perder el dinero porque los esclavos no podían caminar, y desahogó la ira asesinandoles.

Las dificultades verdaderas de Livingstone surgieron en la propia caravana. Sólo diez días después de abandonar la costa se percató de que los cipayos maltrataban a los animales de carga. Los azotaban. Los aguijoneaban y acuchillaban con tanta ferocidad que empezó a sospechar que los cipayos estaban tratando de matar a las bestias y sabotear la expedición. Para colmo de males se entretenían de manera incorregible. Todo el tiempo buscaban excusas para detenerse o quedarse atrás.